

**POLÍTICA Y VIDA PÚBLICA.
ARGENTINA (1930–1943)**

de Leandro Losada (comp.),
Buenos Aires, Imago Mundi, 2017, 142 pp.

LEANDRO LACQUANITI

Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani», Universidad de Buenos Aires (Argentina).

Política y vida pública. Argentina (1930–1943), compilación de artículos realizada por el historiador argentino Leandro Losada, se propone reexaminar el período 1930–1943 desde la «nueva historia política». Los trabajos focalizan principalmente en la actividad de los partidos políticos y en los debates ideológicos generados en la dirigencia argentina a partir de los distintos posicionamientos asumidos frente a la coyuntura local e internacional entre la dictadura de Uriburu hasta el golpe militar de 1943. Algunos capítulos centran su atención en sectores extrapartidarios, como el catolicismo y el nacionalismo, quienes tuvieron un rol destacado en la vida pública argentina de los años 1930.

Dos ejes principales vertebran los análisis: en primer lugar, los obstáculos propios de la vida política local que afectaron el funcionamiento del sistema de partidos en la década de 1930; en segundo lugar,

las tomas de posición frente a los acontecimientos internacionales que generaron debates, conflictos y rupturas al interior de las dirigencias partidarias. Losada advierte en la introducción que el peso de la coyuntura internacional y los posicionamientos ante el fascismo y el antifascismo no desembocaron en una simple trasposición de esos debates en el nivel local. Aquí la política y los juicios sobre la república se impregnaron de ellos, pero asumieron características propias en la dirigencia argentina. Además, la pervivencia de dilemas políticos irresueltos del período anterior también fue un factor que condicionó la elaboración de distintos puntos de vista sobre el devenir de la república.

Como sugiere Losada, el discurso republicano tuvo un peso particular en las discusiones partidarias, una discusión muy intensa tanto al interior de la Concordancia como dentro del radicalis-

mo, el socialismo e incluso el comunismo. Los capítulos ponen al descubierto que el problema del fraude electoral en la «República Imposible» —noción de Tulio Halperin Donghi— no derivó en una crisis de la actividad partidaria sino, por el contrario, en una búsqueda intensa de la expansión de los apoyos electorales y la ampliación de las bases sociales que involucró también la colaboración de actores diversos de la sociedad civil.

El capítulo de Sebastián Giménez, «Una década de transformaciones en el radicalismo», analiza las posturas de la dirigencia de la Unión Cívica Radical (UCR) frente a la dictadura de Uriburu y los gobiernos de la Concordancia, pasando desde su postura intransigente a participar de los comicios hacia otra menos rígida que evaluaba la posibilidad de tender puentes incluso con algunos sectores del oficialismo, momento en el cual la UCR acumulaba enormes malestares internos. El golpe de 1930, lejos de la canonizada división posiciones entre personalistas y antipersonalistas, se vivenció como una nueva oportunidad de institucionalizar a la UCR bajo el liderazgo de Alvear, dejando de lado «los vicios» promovidos con Yrigoyen. Pese a estas expectativas, la división entre sectores elitistas y populares del radicalismo fue una construcción a posteriori que comenzó a elaborarse luego del abandono del abstencionismo electoral a partir de 1935. Especialmente los círculos políticos que

integraban FORJA rescataron una imagen positiva de Yrigoyen en pos de diferenciarse del sector alvearista, señalándolo como cómplice de las arbitrariedades electorales del sistema político vigente.

El trabajo de Ignacio López, «Un frente nacional en tiempo de crisis: la Concordancia y el ocaso de la política de los viejos acuerdos», se interroga sobre el origen de la alianza electoral entre el reciente fundado Partido Demócrata Nacional, el socialismo independiente y el radicalismo antipersonalista, que posibilitó la victoria presidencial de Agustín P. Justo en noviembre de 1931, profundizando en las prácticas que le permitieron a la Concordancia reproducirse en el poder. La habilidad de la Concordancia en el uso del fraude electoral y las intervenciones federales en distritos que le eran adversos en los comicios, sumados a la capacidad para tejer pactos entre bloques políticos de distintas tendencias, permitieron establecer su preeminencia política a lo largo del período.

José Zanca explora en «Catolicismo y política en una república imaginada» la popularidad del catolicismo deteniéndose especialmente en el laicado que adquirió un rol protagónico en esos años con la expansión de la influencia de la Iglesia en la sociedad civil. La originalidad del catolicismo en el período, además de reducir sus conflictos con el Estado, fue una nueva manera de relacionarse con la cultura polí-

tica del momento, vinculando su doctrina con un discurso nacionalista y las demandas sociales de los obreros. Ello tenía su correlato en su intención de «reconquistar a las masas para Cristo» (p. 39) ante la amenaza que representaba el comunismo y el discurso del catolicismo se *aggiornò*, adoptando una nueva sensibilidad frente al mundo moderno y construyó un nuevo tipo de liderazgo «más plebeyo» a partir de la prensa periódica, el cine y la radio. Sin embargo, según Zanca el catolicismo enfrentó serias dificultades para traducir ese poder en un proyecto político concreto, debido a las diversas posiciones dentro de la Iglesia frente a acontecimientos como la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial, que provocaron conflictos y divisiones entre sectores más apegados al liberalismo y otros más cercanos a los proyectos de las nuevas derechas.

«La derecha nacionalista. Decepciones políticas e influjos culturales», de Olga Echeverría, estudia la trayectoria de ciertas figuras del nacionalismo de derecha argentino. Este conjunto de intelectuales y políticos de heterogénea procedencia, nucleados por el antiliberalismo, el antidemocratismo, el antiigualitarismo y el anticomunismo, comenzó a tener mayor resonancia en la vida pública desde comienzos de los años 1920. Si bien influido por movimientos de las derechas europeas, el nacionalismo de derecha argentino no reprodujo a nivel local modelos europeos.

Este asumió características peculiares y estuvo conformado por un colectivo híbrido de ideólogos e intelectuales que reunía dirigentes de distintas procedencias partidarias y sectoriales, conformando así según Echeverría una «derecha plural», donde convivían ideales del catolicismo, el militarismo, el hispanismo y del conservadurismo. Producto de ese conglomerado la derecha nacionalista argentina tampoco fue ajena a las ambigüedades e incertidumbres respecto a las formas y proyectos políticos. Echeverría se detiene en las trayectorias de Carlos Ibarguren, Ernesto Palacio y los hermanos Irazusta, indicando puntos de coincidencia y divergencia en sus respectivas cosmovisiones. Los tres apoyaron con optimismo el golpe a Yrigoyen y el gobierno provisional de Uriburu percibiendo la oportunidad para refundar una «república aristocrática» frente una viciada política plebeya del viejo caudillo. Luego ese optimismo decantará en frustración debido a su escasa gravitación política en las altas esferas del gobierno a pesar de haber gozado de un importante influjo cultural.

El capítulo de Ricardo Pasolini «Comunismo y cultura política: el momento antifascista» analiza los posicionamientos del Partido Comunista Argentino (PCA) con relación al debate fascismo/antifascismo. El autor distingue dos momentos diferenciados: una primera etapa marcada por la estrategia de clase contra clase don-

de el comunismo fue reacio a establecer alianzas políticas, a pesar de sostener una firme posición en contra de los movimientos fascistas; una segunda, en la cual la postura antifascista del PCA cambiaría con la estrategia de los frentes populares adoptada hacia 1935. Luego, si bien el pacto Ribbentrop/Molotov impuso nuevos límites a las alianzas frentistas, la invasión nazi de la URSS rehabilitó la retórica antifascista que tendrá un peso significativo especialmente luego del golpe militar de 1943. De acuerdo con Pasolini, este giro estratégico favoreció el desarrollo de relaciones extrapartidarias «menos sectarias» y permitió el acercamiento con intelectuales que, sin necesidad de estar afiliados al partido, participaron en diversas iniciativas. Además, ese cambio de línea también posibilitó una conexión más profunda con la cuestión nacional y rehabilitó lecturas del pasado que rescataron la herencia de la tradición liberal argentina para el presente. Fue ese momento del comunismo argentino, que rotula como «marxismo liberal», el que propició una percepción de la política nacional en la que los comunistas se volvieron defensores de las libertades constitucionales además de garantes de la institucionalidad republicana, en un contexto de fraude electoral y represión anticomunista. Estos cambios de posicionamiento dentro del PCA permiten entonces matizar las imágenes construidas por la historiografía canónica sobre el partido,

en la cual la bajada de línea del PC soviético parecía ejercer una rígida disciplina que limitaba la libertad de acción de los comunismos periféricos.

El capítulo de Ricardo Martínez Mazzola, «El Partido Socialista en los años treinta», pone en cuestión algunas visiones historiográficas que se habían fijado sobre la actividad del partido en esos años. El autor demuestra que lejos de la parálisis que se había endilgado al Partido Socialista (PS) con la escisión de los Socialistas Independientes en 1927, la muerte de Juan B. Justo en 1928 y las derrotas electorales, aquel mantuvo un fuerte activismo. El PS, si bien no apoyó el golpe de Uriburu, sí vio con buenos ojos el recambio presidencial. Aunque opositores a las formas políticas represivas del gobierno militar, el PS desestimó en ese momento la movilización callejera y la resistencia armada para forzar una salida hacia la normalidad institucional que le permitió obtener en los comicios de noviembre de 1931 la mayor representación parlamentaria de su historia, en alianza con el Partido Demócrata Progresista y ante la abstención de la UCR. Sin embargo, su decisión de impulsar una agenda parlamentaria en muchos sentidos reformista deterioró su imagen como partido opositor al gobierno de la Concordancia. Esa línea reformista de la dirigencia del PS resultó en cuestionamientos internos desde corrientes izquierdistas que promo-

vían una línea estratégica más radical y que derivaron en la formación del Partido Socialista Obrero en 1937. Entonces, más que un bloque monolítico, el ps estuvo atravesado a lo largo de la década por disidencias con respecto al programa político, pero también en lo referente a la cuestión gremial y la cuestión antifascista.

En el capítulo final de Leandro Losada, «Rivalidades Persistentes, reconfiguraciones frustradas. La negociación Alvear-Pinedo y la política argentina a inicios de la década de 1940», las reflexiones sobre los intentos de negociación entre Marcelo T. de Alvear (presidente de la UCR) con Federico Pinedo (Ministro de Hacienda del gobierno de Castillo) en 1941 habilitan a pensar las formas de interacción entre oposición y sectores del oficialismo en un contexto de reconfiguraciones dentro del propio gobierno nacional producto de posiciones divergentes asumidas frente a situaciones particulares de la política local y la cuestión de la neutralidad ante la Segunda Guerra Mundial. Dicho encuentro tuvo como razones principales para Pinedo la búsqueda de apoyo a su plan de reactivación económica en el Congreso, mientras que Alvear podía encontrar en ese diálogo un aliado en el oficialismo que promoviera el abandono del fraude y una salida hacia la normalización institucional recientemente insinuada por el expresidente Ortiz, pero que había sido abandonada por Castillo.

Sin embargo, su fracaso puede explicarse, según Losada, por la pervivencia de antiguas rivalidades políticas difíciles de saldar en la dirigencia argentina. Una UCR poco proclive desde 1932 a los acuerdos extrapartidarios se mostró reacia frente a la posibilidad de sellar negociaciones con el oficialismo. Desde el interior del propio radicalismo se cuestionó ese acercamiento y esa situación obturó la posibilidad de sellar alianzas incluso en un contexto en el cual posibles realineamientos derivados de la situación internacional y la dicotomía fascismo/antifascismo hubieran permitido encontrar una salida menos disruptiva, como finalmente aconteció con el golpe militar de 1943, a la crisis política e institucional que azotaba al gobierno fraudulento de Castillo.

A modo de cierre se puede decir que *Política y vida pública. Argentina (1930-1943)* enriquece la interpretación que del período se ha hecho desde la historia política. Al centrarse en la actuación de los partidos políticos y fijando la atención en los elementos propiamente vernáculos de la política, pero también en la coyuntura política internacional, cada uno de los capítulos aporta a la construcción de una renovada imagen de conjunto sobre el funcionamiento del sistema de partidos y sobre la crisis de legitimidad que acechaba a una república inmersa en el fraude electoral. Apoyándose en el resultado de investigaciones recientes de la

historiografía del período y en el análisis de nuevas fuentes documentales los capítulos ofrecen además una imagen menos monolítica y homogénea sobre el funcionamiento de los partidos, producto de sus alianzas y fragmentaciones internas derivadas de desacuerdos generados por la coyuntura local e internacional de los

años 1930. En suma, en el contexto general de crisis del orden liberal, el libro ofrece una interesante reconstrucción de los debates partidarios interrogándose sobre cuán verdadera o posible se presentaba para los protagonistas de la época esa república que emergió en la Argentina tras el primer golpe militar de 1930.